

RELATO GANADOR DE LA III EDICIÓN DEL
CONCURSO LITERARIO “ÁFRICA CON Ñ”



Dos vidas en un año

Autora: Sally Estelle Mekame-Tiogo

- Mamá, ¿por qué me llamo Benga si no has tenido mellizos y tampoco hay un pariente que lleve ese nombre en nuestra familia?

Esa fue la pregunta que le hice a mi madre cuando volví del instituto aquella tarde después de una clase sobre el árbol genealógico. En nuestra tradición, un niño puede llevar el apellido de cualquiera de sus parientes o amigo querido al que los padres quieren recordar junto con el apellido de su padre. De este modo, mi amiga Sandra se apellida Ada Asset: Ada era el apellido de una prima de su padre que se había muerto unos días antes de que ella naciera. Y la familia se consoló con una nueva Ada en la familia; Asset era el apellido de su padre. Mi primer apellido es Benga. La maestra, que conocía la tradición de la Kota, me preguntó como si fuera obvio:

- “¿Son chicos o chicas los niños que tuvieron tus padres antes que tú?” Me quedé mirándola sin saber qué decirle. Entonces volvió a preguntar:

- “¿Son chico y chica?”

Le contesté que no la entendía. Mi madre no había tenido ningún niño antes que yo, que yo supiera.

- ¿Tienes un pariente que se llama Benga?, siguió preguntando un poco extrañada.

- Tampoco, le contesté.

- ¿Sois de cultura Kota, verdad?, me dijo.

- ¿Sí, lo somos?, respondí sin entender bien a qué venían tantas preguntas.

Benga es un apellido que en la cultura Kota se da al niño que nace después de gemelos o mellizos, explicó la profesora. Hasta entonces, no había cuestionado a mis padres sobre mi apellido.

Cuando se lo pregunté a mi madre durante la comida me contó por primera vez la historia de mis hermanos mellizos que yo nunca conocí.

“Cuando tenía doce años, empezó, mi padre se murió y me quedé con mi madre en el pueblo. Mi hermano mayor vivía en la capital y estaba trabajando duro para mejorar su condición económica a fin de traerme a mí a la ciudad, donde podría seguir mis estudios secundarios. Cuando cumplí catorce años, mi madre me encontró un “buen partido” como lo llamaba. Era el hijo de un vecino que se había venido de vacaciones. Él también vivía en la ciudad y deseaba casarse con una chica del pueblo. Yo no quería casarme, quería estudiar para llegar a ser doctora. Soñaba con la bata blanca, salvándoles la vida a los niños que acudían al hospital con malaria o cólera u otras enfermedades que tantas vidas habían robado en mi pueblo por falta de personal cualificado en el único pequeño centro de salud que existía ahí entonces. Quería que mi hermano terminara de ahorrar lo

suficiente como para alquilar algo decente donde pudiéramos caber los dos. Pero mi madre dijo que no hacía falta que estudiara más con el marido que me había encontrado. Porque él era funcionario y se ganaba bien la vida. Cuidaría de mí y no me faltaría nada. Que yo ya era mujer y que debía casarme antes de acabar como la hija de su primo Mbadinga. La hija de Mbadinga se había acostado con muchos chicos del pueblo y había practicado muchos abortos porque ninguno de sus amantes quería a una chica fácil como mujer y tener un hijo siendo soltera habría sido para ella una vergüenza y una responsabilidad demasiado grande para una adolescente promiscua e inconsciente. Nadie quería conocer la deshonra de ser el cornudo del pueblo casándose con una chica fácil. (Sí, en mi época, las chicas se casaban muy pronto).

Mi madre quería que tuviera un hogar: un buen marido a quien dar tantos hijos como pudiera para agrandar la familia. “¿Para qué ir más lejos en la escuela si tienes a un esposo para cuidar de ti y de tus hijos? No tendrás que trabajar, me decía mi madre. No tendrás que matarte en las plantaciones de yuca y de maíz para encontrar comida. Vivirás en la ciudad. Te comprará ropa bonita y zapatos con tacones. Serás una mujer moderna”. Pero yo no quería depender de un hombre para mis necesidades, solo quería ser doctora. Yo tampoco quería vivir de los productos del campo. No porque despreciara el trabajo en los campos. Me gustaba trabajar la tierra, sembrar una semilla y verla crecer y luego comer el fruto de mi trabajo duro. Pero a veces resultaba difícil sacar suficiente comida. La naturaleza tiene sus caprichos y cuando el cielo se negaba a regar los campos nos quedábamos con poca comida y da igual el esfuerzo que hubieras hecho, no siempre tenías plena recompensa de tu trabajo. Pero mamá decía que no podía saber con 14 años lo que me podía convenir. Que tenía que hacerle caso y que le agradecería más adelante. Que era lo mejor para mi futuro. Me dijo que era lo que quería mi padre para mí porque se llevaba bien con mi futuro suegro y que siempre le había dicho que algún día me convertiría en la mujer del hijo de su amigo, el vecino que se había ido a la capital para hacerse rico. Y como mi padre estaba muerto, tenía que acatar sus últimas voluntades si no quería que me persiguiera su maldición desde la ultratumba. Me juró que todos los ancestros se enfadarían si no obedecía a mi padre. Yo sabía que mi hermano tampoco estaría de acuerdo con que acabara casándome con el hijo del vecino. Él siempre me había apoyado en mi sueño de ser doctora. Por eso quería que fuera a estudiar en la ciudad donde él estaba trabajando para que yo pudiera seguir mis estudios.

Pero mi hermano llevaba ya muchas estaciones de lluvia sin venir a visitarnos y mi madre tampoco quería pelear con él sobre el asunto. El hijo del vecino estaba encantado de tener

a una chica joven y virgen de su pueblo para darle los hijos que quería. A mi hermano nunca le había caído bien ese hombre. Decía que era de los que en la ciudad se pasaban los días en los bares, donde se gastaban el dinero en bebidas con mujeres de mala vida de la ciudad. A mi hermano no le gustaba nada la clase de vida que llevaba mi futuro marido, y tenía razón. Mi futuro marido no era buen hombre.

Yo le dije a mi madre que no sabía si sería capaz de cuidar de un hombre. Que a pesar de mi cuerpo grande, seguía siendo una niña y le supliqué que me dejara seguir con el instituto. Pero el hijo del vecino no quería esperar más para escoger una esposa dentro de las chicas del pueblo. Para muchos padres, él era un buen partido solo porque era funcionario y vivía en la ciudad. Mi madre no quería perder la oportunidad de ver a su hija casada con uno de los pocos hombres del pueblo que habían conseguido una buena situación económica en la ciudad, independientemente de su carácter o su estilo de vida. Entonces mi madre llegó a un acuerdo con mi futura familia política...

Una tarde, cuando volvíamos del campo, me ordenó mi madre que fuera a ducharme y a arreglarme con mi vestido de la ciudad (el que me ponía siempre cuando íbamos de vez en cuando a la ciudad para comprar algo de aceite para cocinar y petróleo para la lámpara, cuando en el pueblo no llegaba la luz eléctrica todavía), y que ella se encargaría sola de preparar la cena. Cuando terminó de cocinar, me informó de que no iba a cenar con ella. Había metido en otra olla grande una parte de la cena y me explicó que era la cena del vecino y su hijo y que yo se la tenía que llevar y como era ya la hora de cenar, no me quedaba más remedio que cenar con ellos. Sin más. Me fui con la olla en equilibrio sobre mi cabeza hacia la casa del vecino. Por lo visto ya me estaban esperando. Cuando terminamos de cenar, me enseñaron la habitación en la que me quedaría por la noche. Mi futuro suegro sugirió que como se hacía tarde, podía quedarme a dormir y que, pronto por la mañana, podría volver a mi casa con la olla de mi madre. Me aseguró que mi madre sabía que estaba en buenas manos. ¿No iba a convertirme en la mujer de su hijo? Así que, sin protestar, me fui a la habitación que me habían enseñado en el fondo del único pasillo de la casa. Estaba oscura. Abrí la puerta, se veía la cama gracias a la luz de la lámpara que salía del comedor. Me acosté en la cama. Cerré los ojos, imaginando que estaba en mi cama, en mi casa. Un poco después, sentí una presencia a mi lado. Era el hijo del vecino. Me asusté y quise levantarme y salir corriendo. Me agarró fuerte por los hombros y me ordenó que me tranquilizara. Que ahora que estábamos comprometidos, tenía que aceptar que él compartiera la misma cama que él. Afirmó que era lo que habían convenido con mi madre para comprobar si yo valía como mujer...

Al amanecer, me dolía la barriga, un poco debajo del ombligo. Cuando fui a echar el primer pis de la mañana, mi ropa interior estaba manchada de sangre.

A partir de entonces, las cenas con mi futuro marido y su padre se hicieron más frecuentes. Cada vez que volvía del campo con mi madre y que me ordenaba que fuera a ducharme y a ponerme el vestido de la ciudad, sentía como un golpe en el pecho, como si me fuera a salir el corazón, me dolía la cabeza, sentía todo tipo de malestares. Sabía que iba a pasar otra noche fuera de casa, que me levantaría con dolor debajo del ombligo y que a mi madre le daría igual que no fuera con ella al campo porque yo ya bastante había trabajado por la noche. Odiaba estas cenas, odiaba el olor de la habitación de mi prometido, odiaba sus ronquidos cuando se quedaba dormido a mi lado y yo cerraba los ojos pero no podía conciliar el sueño. Odiaba mi vida. Quería morirme. Me sentía sucia.

Unas semanas después, me despreciaba tanto que empecé a marearme y a vomitar del asco que me tenía. Pero no podía hacer nada contra mi destino. A lo mejor me acabaría acostumbrando. A lo mejor terminaría agradeciendo a mi madre algún día por hacer lo que pensaba que era lo mejor para mí, aunque de momento no me gustaba nada. A mí me enseñaron a respetar las decisiones de los adultos sin discutir. Y nunca le había desobedecido antes a mi madre. Tampoco ella había hecho nada en mi contra hasta ahora. Ella sabía mejor que yo lo que me convenía... Mi hermano seguía en la ciudad. No sospechaba nada de lo que estaba tramando mi madre en el pueblo. Empecé a echarle la culpa por haberme abandonado en mi triste condición. Él siempre me había defendido. Fue él quien alimentó mi deseo de llegar a ser doctora.

Un día, al final del verano, sin avisar, mi hermano vino a visitarnos a mi madre y a mí. Nada más llegar él intuyó que algo pasaba. Cuando le vi bajar del autobús lleno de polvo de la carretera, no eché a correr para lanzarme a sus brazos como lo solía hacer. No le hice miles de preguntas sobre sus últimas aventuras en la ciudad. Solo le di la mano con una sonrisa tímida, incapaz de mirarle siquiera a los ojos, cogí su maleta para llevarla a su cuarto. Él me preguntó por qué estaba tan tranquila. Mi madre se apresuró a contestarle que yo ya no era una niña. Que había madurado desde la última vez que nos había visitado hacía ahora unos nueve meses.

A la mañana siguiente, mis nauseas me sacaron de la cama y me fui a vomitar detrás de la casa. Debajo de la ventana de mi hermano. Él despertó y abrió la ventana. Cuando me vio se quedó un rato mirándome. Parecía que me veía por primera vez. Y creo que mirándome fijamente a los ojos, vio mi vergüenza, la leyó en mi mirada, porque me conocía. Se fue corriendo a despertar a mi madre. Enfurecido, la acusó de no haber sido

capaz de vigilarme. Los oí discutir. Mi madre le puso al corriente del trato que había hecho con el vecino. Que al final de sus vacaciones, iban a pagar la dote y yo me iría a vivir en la ciudad con mi esposo. Mi hermano le gritó que no quería que su hermana pequeña se convirtiera en la asistenta de nadie. Porque eso era lo que sería, la chacha del chaval que más odiaba en el pueblo. En la ciudad mi asqueroso prometido tenía amantes con las que se iba de copas todos los fines de semana. Solo necesitaba a una asistenta que le cuidara la casa, le preparase la comida, le diera hijos... Mi madre replicó que siempre sería mejor ser una asistenta pero teniendo mi propio hogar que acabar como una de esas chicas con las que mi asqueroso prometido pasaba sus fines de semana. Que yo iba a ser su mujer oficial. Las demás no serían más que sus juguetes.

Discutieron un buen rato. Yo seguía, impotente, la conversación desde el mismo sitio donde mi hermano había descubierto mi vergüenza. Al final de la discusión, mi hermano se fue a su habitación, cogió su maleta, me miró otra vez sin decirme nada. Vi en sus ojos rabia y odio. No sabía si era odio hacia mí, hacia mi madre, mi futura familia política, o hacia todos nosotros. Yo le miraba ausente, aterrorizada, avergonzada, asqueada... y esos sentimientos son los mismos que vi reflejados en la última mirada que me echó mi hermano. Luego se dio la vuelta y se fue sin decirme nada, abandonándome a mi triste destino.

Para mi familia política y mi madre había yo pasado la prueba con éxito. Durante el verano, habían estado satisfechos conmigo. Pagaron la dote a mi madre, y delante de toda la gente del pueblo, testigo del intercambio de dinero para conseguir una mujer, me fui a casa de mi marido. Acababa de cumplir catorce años y estaba casada y embarazada. Me fui a la ciudad con mi marido. Al principio, no me costó tanto cuidar de la casa. Desde pequeña mi madre me había formado para ello. Con diez años ya valía como mujer para cuidar de una casa y me iba perfeccionando a lo largo de los años.

En la ciudad, yo vivía esperando el fin de semana porque entonces descansaba. Mi marido salía todos viernes por la noche y a veces solo regresaba el domingo por la tarde. Y cuando más estaba feliz era cuando me decía que se iba de viaje para sus "negocios". Todas las mujeres casadas de la ciudad sabían a qué se refería un hombre cuando se iba de viaje de negocios... No sé qué necesidad tenía mi marido de inventarse esas excusas si a mí me encantaba su ausencia. Yo anhelaba estos viajes más que él.

Mi embarazo empezó a complicarse después de los seis meses. Pero aguanté hasta los siete meses. Una noche que no estaba mi marido, empecé a tener contracciones. Fueron mis vecinos los que me llevaron a urgencias. Perdí a mis niños. No sobrevivieron al nacer

prematuros. Fue ahí en el hospital, al dar a luz cuando me enteré de que estaba esperando a mellizos. El niño nació muerto pero la niña todavía respiraba. La pusieron en la incubadora. A la mañana siguiente la encontramos muerta porque algún tubo se le había desplazado y le faltó oxígeno. Me acerqué a la incubadora, moví histérica los tubos para que cogiera aire, pero no se movía. Me sacaron de la habitación a la fuerza. Me desmayé. Cuando desperté, estaban a mi lado mi madre y mi marido. Llevaban dos días esperando a que me recuperara. Como era costumbre, yo tenía que ir al pueblo para hacer los rituales habituales que se hacían al dar a luz a mellizos.

Cuando llegamos al pueblo, después de practicar los rituales, me quedé en casa de mi madre para los masajes post parto a fin de recuperar un vientre plano y evitar dolores de espalda. Cada mañana y cada tarde, mi madre calentaba una olla grande de agua. Y con una toalla me hacía el masaje habitual que se hacía a las madres después del parto. Con cuidado, empapaba la toalla en el agua caliente, la exprimía un poco y me golpeaba la barriga con la toalla. Me dolía mucho. La toalla estaba tan caliente que salía humo. Pero era una práctica necesaria porque no teníamos medicinas para limpiar las impurezas después del parto y en el pueblo siempre se había hecho así. Un día me negué a someterme a la tortura del baño caliente. Me quedé en la cama llorando sobre mis desgracias. Aquél día, me dolió tanto la espalda que ni siquiera podía levantarme. Mi madre tuvo que “masajearme” con la toalla caliente en la habitación. Me salió una cantidad asquerosa de impurezas pero luego me sentí mucho mejor. Tenía que seguir someténdome al masaje tradicional hasta que dejara de sangrar.

Todas las mujeres que acababan de parir tenían que pasar por esta etapa y era una tortura siempre. Algunas sufrían tanto en la ducha que salían pitando, desnudas. El único consuelo de las madres era que después de esta ducha de fuego, iban a dar el pecho a su bebé y se olvidaban de todos los dolores del parto y del masaje. Pero yo no tenía más que mi corazón quebrantado, primero por mis sueños de futuro rotos, y luego por el recuerdo amargo de mis mellizos perdidos y por último un matrimonio infeliz, con catorce años. ¿A qué agarrarme para aguantar la ducha de fuego? Con catorce años me parecía que tenía el currículum de una mujer de cuarenta.

Me quedé con mi madre en el pueblo durante los meses que siguieron a mi parto. Sufría de una depresión posnatal. No podía volver con mi marido hasta que me recuperara completamente, dijeron. Tampoco corría prisa. Según la tradición, debía vivir unos meses después del parto con mi madre antes de volver con mi marido para no “cruzar a los niños” por la noche, como se decía en mi pueblo, (algunos esposos no podían esperar a

que la mujer se recuperara del parto antes de volver a tocarla, este tiempo fuera del hogar era para evitar esos abusos al mismo tiempo que permitía cierta planificación familiar dado que se evitaban así los partos consecutivos).

Al final, mi hermano que se había enterado de mi situación por uno de los amigos de mi marido que conocía de la ciudad, y vino a verme. Esta vez, venía con más cosas que su simple maleta. Traía un montón de cosas. Le reprochó a mi madre haberme “vendido” por una miserable dote y casi eso me cuesta la vida, aunque de alguna manera una parte de mí sí que se había muerto con mis mellizos. Mi hermano dijo que mi madre se había puesto como obstáculo para el futuro que él había pensado para mí. Y que había vuelto para comprar mi libertad devolviendo la dote a mi familia política y que después me llevaría a la ciudad. Yo me había perdido un año escolar pero siempre había sido muy lista y empollona. Mi hermano confiaba en que yo podía recuperar el año. Antes de volver al pueblo esa vez, había reunido todo el dinero que había estado ahorrando y como le faltaba todavía algo para alcanzar el precio de la dote que pagaron a mi madre, tuvo que pedir a unos amigos que le prestaran dinero. No le importaba endeudarse para salvarme del triste porvenir al que me había condenado mi madre.

Me fui con mi hermano a la ciudad. Tenía quince años, estaba divorciada y había perdido a dos niños. Perderlos reforzó mi sueño de ser doctora (no hay mal que por bien no venga...). Sería mi forma de demostrarle a mi madre que una mujer puede tener éxito y valerse por sí misma sin ser sometida a unas tradiciones que la obligan a convertirse en un esclavo para su amo, su marido. Sería mi manera de ayudar a otras madres a dar a luz en mejores condiciones y a sus bebés a tener un mejor cuidado al nacer, porque nunca podría dejar yo que se repitiera la negligencia de la que fue víctima mi niña. Las enfermeras no habían estado al tanto de las necesidades de mi niña y por eso la perdí.

Gracias a mi hermano, acabé estudiando hasta la universidad. Conseguí una beca para estudiar medicina en Europa. Llegué a cumplir mi sueño de ser doctora y volví a mi país. Me casé con un hombre maravilloso. Tu padre. Le conté mi experiencia y, aunque es un intelectual, sigue pensando que hay algunas tradiciones que debemos respetar. Yo, la verdad mi hija, ya no creo en esas cosas. Lo único que sé es que por haber querido seguir algunas tradiciones, perdí un año de mi vida, mi inocencia, por un momento mis sueños y las ganas de vivir y dos almas inocentes. Cuando naciste, te llamamos Benga, porque tu padre sigue arraigado a estas tradiciones. Pero yo te habría llamado como mi difunto hermano. Hija mía, en cada cultura hay unas cosas buenas y otras que es mejor dejar de lado. Procura tener valores y principios que te guiarán a la hora de actuar, a fin de que por

tu cultura o tus tradiciones no sobrepases los límites de la libertad y de la felicidad ajenas y acabes dañando a otra persona y a ti misma. La cultura y las tradiciones son de un grupo social restringido, pero los valores y los principios como el amor, el respeto o la compasión, son universales y nunca han hecho daño a nadie. Trabaja siempre para conseguir tus sueños y recuerda que, aunque a veces la vida te dé golpes, siempre puedes encontrar una manera de sacar la cabeza del agua.